

## El árbol de la vida

# El tiempo detenido

## En homenaje a Rafael Sánchez Ferlosio

### HOY EN DÍA, CUALQUIER LECTOR QUE AFRONTA

la lectura de *El Jarama* se topa en primer lugar con una nota elaborada por Ferlosio para la edición de 1965, nueve años después de publicada la novela. Con una velada ironía, Ferlosio menciona al autor de la famosa descripción del Jarama que abre y cierra la novela, un escritor del siglo XIX, un tal Casiano de Prado, a quien Ferlosio atribuye «la mejor página de prosa de toda la novela». Sabemos que durante años el propio Ferlosio mantuvo una actitud ciertamente escéptica con respecto a su novela, no más por otra parte que algunos críticos. Quizá no sea simple casualidad que tras escribir *El Jarama*, y exceptuando algún relato aislado, Ferlosio abandonase por completo la narrativa, no volviendo a publicar una novela, *El testimonio de Yarfoz*, hasta el año 1986.

«De prosa está bien», ha llegado a decir el propio Ferlosio refiriéndose a *El Jarama*, pero hay algo que no le convence, algo que a lo largo de los años le ha ido distanciando de la novela. ¿Tan agotado le había dejado *El Jarama* que prefirió virar hacia el ensayo? ¿Acaso aspiraba a circular por nuevos territorios? Cualquiera que sea la respuesta que arroje luz en la trayectoria vital y literaria de Ferlosio, lo cierto es que tras escribir *El Jarama* parece recluirse, abandonarse en una suerte de aislamiento, alejándose definitivamente de la narrativa realista tan en boga durante los años cincuenta. Porque, efectivamente, *El Jarama* es una novela anclada en las circunstancias de su época. Sin la estética neorrealista y sin las influencias cinematográficas no se puede entender la estructura narrativa de la novela. Ferlosio ha querido plasmar el paso del tiempo como si de un guión cinematográfico se tratase, apelando al montaje literario, digámoslo así, combinando escenas en el borde del río Jarama, con escenas en una venta cercana al río.

El tiempo se despliega de forma monótona un domingo de agosto. El calor aprieta. Unos jóvenes madrileños disfrutan del baño y de un picnic en el río. A corta distancia se desarrolla el contrapunto en una venta, donde hombres ya maduros cuando menos se lanzan pullas y maledicencias, ajenos a lo que acontece en el río. El Jarama es el enlace entre los



dos planos que vehiculan la historia. Ferlosio no se olvida del paso del tiempo, de vez en cuando nos recuerda el momento del día en que se desarrolla la escena. De hecho, en las primeras páginas de la novela se señala que son las nueve menos cuarto y cuando se cierra la historia se dice que es la una menos diez. El día ha acabado. La novela también. Entre lo que ocurre en la venta de Mauricio y lo que acontece en el borde del río, el misterio se despliega, como siempre en las novelas de Ferlosio (recordemos el precedente de

*Alfanhuí*), en la naturaleza, en las breves y continuas descripciones del río y del entorno, que se convierten en un personaje más de la novela, que acecha con su belleza y sus peligros, ajeno a las peripecias totalmente anodinas que despliegan los seres humanos.

El tono moroso en que se desenvuelve la historia no sólo es un reflejo del calor veraniego o una metáfora que trata de visualizar una época, sino también una visión de la vida que se traduce en las aguas del río, que se las lleva el Tajo, tal como se nos recuerda en el final de la novela, hacia Occidente, a Portugal y al Océano Atlántico. La fugacidad de la vida (ejemplificada de forma evidente en la muerte de Lucita) frente al carácter eterno de la naturaleza, personificado en el río. Naturaleza y cultura, he aquí los dos polos entre los que se mueve la obra de Ferlosio, o dicho de otro modo, una reflexión sobre la condición humana, sobre la fatuidad de las apariencias en un espacio y tiempo acotados, teniendo como espectador de excepción el río Jarama. Ferlosio parece obsesionado por diseñar un tapiz en el que los personajes se entrelazan y se mueven al mismo tiempo en diferentes espacios, una mirada caleidoscópica que tiene todas las señas de identidad del cinematógrafo. El detallismo con que describe las costumbres de la época, es decir, las partidas de dominó en la venta, el juego de la rana, los baños en el río, los juegos inocentes de los jóvenes, el carácter autoritario de la guardia civil y todo un sinfín de pequeños detalles que envuelven el relato, contribuye a dotar de humanismo a los personajes. Unas breves líneas, o siquiera un breve trazo, sirven para definir a cualquier personaje, como esa mirada del secretario a la flor que lleva el juez en el ojal. Los apuntes sociales o políticos están, por lo demás, muy matizados, ofrecidos con sutileza.

Finalmente, es el azar, el accidente en el río con la muerte de la joven Lucita, el que marca un punto de inflexión en la novela, dotando de emoción y poesía al relato. Mientras los personajes que pululan en la venta ríen y pasan el rato, sabemos que en el río, en ese mismo momento, se ha producido la muerte de Lucita. El lector, compungido por la emoción que desprende la escena en el río, con la muchacha muerta en la arena, se ve obligado a seguir la historia en la venta porque así lo ha dispuesto el narrador. En la venta de Mauricio todo parece fluir en los mismos términos, ajenos los personajes a lo que ha ocurrido en el Jarama. La vida sigue fluyendo, como el río.



Pedro Amorós



## Biología, Historia

A sí se titula el último libro de poemas de Antonio Jiménez Millán: *Biología, Historia*. Es un título raro, con pretendida voluntad antipoética, o, mejor dicho, con voluntaria pretensión de alejarse del lirismo más común, y de aspirar a lo que Borges llamó alguna vez las secretas magias del prosaísmo.

A día de hoy, el lector que se ha ido adueñando de mí, la versión lectora del individuo que soy, o que creo ser (sobre todo, gracias a la lectura), resulta menos proclive a dejarse impresionar por los malabarismos verbales y las piruetas del ingenio. A día de hoy, aquello que más me interesa en la literatura es encontrar, junto con las mejores palabras, ordenadas de la mejor manera, a un hombre. Tropezar con una vida, con la voz que cuenta las aventuras de un corazón en el tiempo. Los escritores que prefiero son «cordiales» en sentido etimológico, es decir, los que muestran, como escribió un gran poeta, su corazón al desnudo.

Biología, Historia: son dos asignaturas siempre pendientes, dos extremos entre los que parece discurrir la existencia, dos ingredientes con los que los grandes pensadores occidentales, administrándolos en proporciones distintas, han cocinado el banquete de sus respectivos sistemas filosóficos.

En este magnífico poemario (el mejor de los suyos hasta el día de hoy), Antonio Jiménez Millán no nos obliga a elegir entre la Cultura y la Naturaleza, entre la Razón o el Sentimiento, entre la Biología o la Historia. Su criterio se resuelve con sencillez sintáctica: Biología, 'coma', Historia.

Nuestra vida, nuestra aventura en el mundo, nuestra experiencia al completo es la suma de esas dos cosas, de esos dos inabarcables universos -el de nuestros accidentes y el de nuestras circunstancias-, la unión indisoluble entre el relato privado, íntimo, y el relato público. Una unión que cristaliza de forma natural en el propio cuerpo, porque allí, en el cuerpo, se hallan los límites que nos definen: somos un cuerpo en el que encarna nuestra biografía; esto es, nuestro transcurrir biológico en la Historia.

Este libro de Antonio Jiménez Millán es un compendio de poemas escritos desde el cuerpo, por el cuerpo, y para el cuerpo, porque el cuerpo del poeta constituye el verdadero agente de la Historia, el elemento que se enfrenta a la exterioridad inclemente. Poemas amargos, duros y secos, en su mayoría, producto de la aproximación del autor a la vejez, y de la experiencia de la enfermedad. Textos escritos en sordina, la mayoría con apetito narrativo, sin halagos ni concesiones al lector, pero que a la vez, como sucede siempre con los buenos poetas elegíacos, nos transmiten una honda sensación himnica.

El poeta que se duele por la herencia del tiempo y sus trampas, sabe rescatar a la vez los momentos de intensidad que ese mismo tiempo le ha legado. Los obsequios del deseo, de la amistad, de la literatura, de la infancia, de la admiración intelectual, de las ciudades visitadas constituyen también parte de nuestra anatomía, y nuestra anatomía es un compendio tan histórico como biológico.

Toda una lección 'cordial' (dictada por los impulsos de la inteligencia y el corazón), para dibujar un retrato del artista, desnudo de biografía para abajo.

## SOLAPAS



MICHEL DE MONTAIGNE

### De los libros

NÓRDICA

► La editorial publica en fechas próximas al Día del Libro el ensayo de Michel de Montaigne titulado *De los libros*, breves páginas en las que el maestro francés del Renacimiento confiesa con desenvoltura sus hábitos lectores y desgrana sus autores favoritos, entre los que ganan por goleada los clásicos latinos: «Son todos, o poco falta, de nombres tan famosos y antiguos que pareceme que se nombran solos y no me necesitan».